

ciado en
n salido
necesita de
vidum
estacion
ison de
oporcion
ortancia
asiones
mismo.
esto en
gitimis
obogado
ar en su
en ven
ando un
te de la
os jue
lebas,
cial pa
an bien
irse en
beto la
atológico.
nsayos
asiones
ados, el
ficiales
ndencia
a pres
pas
primer
y cons
es pue
s y ni
que ha
ado un
edad,
a casa
según
tales la
n.
egional
prefe
los pe
directo
no mes
mision
aga, a
ma.
Bada
viaje
es ofi
proba
seria
expe
93,35
anas,
de Pa
ha pre
ciado
cia. El
amen
las
sta: Es
tempa
na lo
reido
en el
la ma
riedo
an Se
n con
zas 6
ES
BRICE
ar es
s gra
reco
dicos
n con
za,
del
las

LIBERTAD

PARA TODAS LAS OPINIONES.

Los Lunes de El Liberal

DIRECTOR, DON ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

NO SE DEVUELVEN
LOS ORIGINALES.

28 DE JULIO DE 1879.

Nuestro querido amigo el distinguido escritor Sr. García Ladevese, según carta de París, ha sufrido una caída al bajar de un coche del tranvía en la calle de Rivoli. La dislocación y contusiones que ha recibido no ofrecen, sin embargo, gravedad. Vivamente deseamos el establecimiento de nuestro colaborador por la cariñosa amistad que á él nos une.

Esperamos que la interrupción de su interesante y amena correspondencia, será muy breve.

Madrid.

Anteayer salí del circo del Príncipe Alfonso y en la Cibeles tomé el tranvía. La plataforma iba, como de costumbre, llena de gente, tan apretada como cigarrillos en mazo. Al llegar á la Puerta del Sol, el cobrador me dijo:

—Señorito, lleva Vd. la cadena suelta.

—El suelto es el reló—le contesté—porque ha roto.

Que roben un reló en el tranvía, nada tiene de particular. Especialmente desde que el gobernador actual anuló la orden dada por su antecesor, quien dispuso que no fuesen en las plataformas de los coches mas que seis personas. Los coches del tranvía son una especie de *chorreaderos* de relojes. *Ahorcar*: así se llama al procedimiento que emplean los ladrones para privar á cualquier individuo de la útil satisfacción de saber la hora. A mí me ha costado mil quinientos reales el aprender ese pintoresco *tecnicismo*.

Pero no censuro al ladrón. Ha hecho su oficio. Olvidó los deberes que imponen los adelantos de la civilización. Un hombre que sube á un coche del tranvía ostentando cínicamente una cadena de oro, propone á los cacos un duelo insostenible. Si quiere Vd. que las gentes se enteren de que lleva Vd. reló, debe tomar una americana para Vd. solo, y reclinado en ella, hacer magnífica exhibición de su elegancia y su fortuna.

El tranvía es un carruaje democrático, popular, de carga y descarga, un pasadizo ambulante; el tonel de las Danaides, un cajón de higos, una banasta de sardinas, ¿qué persona de seso sube á tal vehículo adornado con preciosidades?

Los ingleses, hombres prácticos, han suprimido la cadena, y llevan suelto el reló en el bolsillo, como quien lleva un duro. Se ve en esto la tendencia expansiva del siglo.

Suprimid las cadenas, y los relojes—como los pueblos—estarán mas seguros.

Sólo me afectó, por la moral, que añadiese el cobrador del coche—cuando se enteró del caso:

—Pues venia en este mismo carruaje un inspector de policía.

Los ladrones son como las coquetas. Aman las situaciones difíciles.

Después de todo, era de los relojes que han logrado mas larga edad en el bolsillo de sus dueños. Le tenía hace quince años.—En Madrid el usufructo de un reló, por su comprador, es de cuatro ó cinco por término medio.

Quince años!... ¡Quince años de posar en su esfera la vista con impaciencia, con esperanza, con temor, con ansiedad!... ¡En la calle, esperando; en el tren, midiendo la velocidad de la locomotora; á la cabecera de algun enfermo, contando los pasos de la muerte; y siempre viendo en esa esfera huir la vida y la felicidad!...

—Yo que Vd., me dijo un señor que había venido conmigo en el coche, me entendería con alguien de la policía... Descubrir el ladrón oficialmente, es difícil, pero pudiera Vd. *recuperar* el reló.

—No prosiga Vd., exclamé con aire de dignidad. No ignora la significación de esa palabra: es como si dijésemos reconocer á los ladrones la *bellegrancia* y tratar con ellos... El agente de policía convertido en corredor del criminal, y usted recompenando, agradecido al robo...

—Entonces...

—Entonces me resignaré á ver la hora en los relojes de los cafés, de las tiendas de ultramarinos y de las administraciones de loterías.

—Por cinco ó seis duros se compra Vd. un *Rosier*.

—Ni aun eso. El reló de los demás es el único reló que no se roba.

—Será cierto?

El comisario de carruajes habrá inspeccionado ya los coches de alquiler y habrá desechado alguno de esos baules con ruedas del servicio público?

No es cuestión de ornato, si no de seguridad personal. Hay carruajes de plaza que son un conjunto de astillas; que tienen mas agujeros que una criba.

El mas lindo carruaje de alquiler bien pronto es una ruina. ¿Qué máquina, por fuerte que sea, resiste ese continuo ir y venir; ese rodar incesante, siempre bajo el sol y la lluvia?

Salí de la cochera para llevar una familia á un bautizo; luego tomé á una modista y á un estudiante y los dejé en la fonda de la Fuente Castellana; después le retienen para que vaya de cortejo fúnebre; luego á los toros; mas tarde, lleva el Viático; luego conduce á dos señores al circo de Price, y por fin recoge gente del teatro y espera los gominos mas trasnochadores en la puerta del Veloz-Club.

Pronto, en este horrible vaiven, el charol de la caja se desmenuza; las persianas se rompen; las cortinillas se deslucen: los almohadones se deshinchán; y al rodar, rueda con un ritmo infernal que aturde y enloquece.

En Madrid hay carruajes de alquiler que no tienen edad. Parece que se hicieron antes de que hubiera costumbre de andar á pie. Y sin embargo, los alquilan.

Son como las mujeres feas, que todas se casan.

El clown Billy-Hayden tiene una familia encantadora. Es una familia de palo. Pero no puede negarse que es de la madera de los gimnastas. Esos muñecos hacen los mismos movimientos que son tan aplaudidos en artistas de carne y hueso.

Esa familia ha sido hecha, según mis noticias, de encargo, en París: Billy-Hayden les imprime movimiento, según la particular manera que tiene de cogerlos y presentarlos.

No puede negarse que son de su familia, porque tienen la misma gracia que á él le caracteriza: una gracia eminentemente seria.

Billy-Hayden no es un payaso: es un satírico. Así como muchos actores parecen *clowns*; él, en ocasiones, parece un actor. Sus pantomimas tienen filosofía: es un gran satírico, y sus movimientos, sus gestos y sus caricaturas no necesitan para ser dignas de Goya ó de Larra mas que dibujarlos ó escribirlos.

La popularidad que Billy-Hayden alcanza en nuestro público revela que el nivel de la ilustración social ha subido mucho en España.

Billy-Hayden hace años no hubiera sido comprendido.

Otro artista del circo de Price: Mr. Velle que enseña su *Arca de Noé*.

El público estuvo anoche poco benévolo con él: le recibió con algun murmullo.

El se dirigió á los espectadores y dijo que trabajaba solo para el público ilustrado e inteligente.

Los murmullos hubieran debido excusarse, la protesta sobraba también.

Al fin y al cabo, cuando un individuo llega al despacho de billetes no le pregunta el dependiente:

—¿Es Vd. inteligente é ilustrado?

Ello es que el público estuvo poco galante; porque en el Arca de Noé figura una bella: la señora del moderno Noé. La suerte es curiosa. De un mundo, como el que nuestras damas usan para viajar, salen una mujer, un conejo, un pato y algun otro ser interesante...

Es de advertir que el baul está vacío, y que si bien cae sobre este baul y sobre la madama Velle, que está metida en un saco, un aparato de hierro que los cubre: este aparato solo los cubre durante un minuto.

Al fin sale del baul madama Velle, muy sofocada, y el pato y el conejo algo mas rozagantes.

Monsieur y madama saludan, y el público les contesta... como si no fuese ilustrado ni inteligente.

En el teatro de la Alhambra:

—No puedo decir á Vd. lo que he sentido al oír el violín de la Ferni: he sentido halagado el oído por inexplicable deleite y traspasada el alma por intensísimo sentimiento.

—Yo le explicaré á Vd. ese misterio: ha oído usted el violín del diablo tocado por un ángel.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Historia de los romanos bajo el imperio, por Carlos Merivale; version castellana de la última y reciente edición inglesa, anotada y continuada hasta la caída del imperio por A. García Moreno.—Tomo I.—Un vol.—de 412 págs.—Madrid: Góngora y compañía, editores: 1879.

Una de las publicaciones mas importantes que se han hecho en nuestro país, donde hay tantas ya dignas de encomio, es la sección histórica de la nueva biblioteca universal que dan á luz los Sres. Góngora. Escogiendo entre las mejores obras históricas conocidas, se han propuesto formar una historia universal completa, falta acaso de unidad, de plan y de propósito, por el distinto criterio de los autores de las obras que la constituyan; pero mas concienzuda y profunda y mas capaz de ilustrar al lector sobre los problemas capitales de cada edad y de cada pueblo.

Para esa historia universal, el director de esta biblioteca ha escrito una *Introducción* de la *historia é historia de Oriente* en que ha recogido y ordenado las investigaciones mas recientes de los escritores orientalistas y sus últimos descubrimientos; ha traducido la obra de Mommsen, en cuyas páginas parece esculpida, mas bien que escrita, la *Historia de Roma* bajo la república; ha vertido á nuestro idioma el compendio de Weber sobre la *Historia contemporánea* desde 1830 hasta 1872, completado de 1872 á 1879 por D. Manuel Merelo, y ahora traduce el libro de Carlos Merivale.

Carlos Merivale ha escrito sobre la vida del pueblo romano en aquel período de su historia, que corre desde el apogeo de la ciudad eterna hasta su muerte y su caída, que bien pueden fecharse en la traslación de la Sede imperial á Constantinopla mas que en el destronamiento de Rómulo Augusto por Odoacro y en la muerte del general Orestes.

Querian los editores de esta biblioteca completar la historia de Roma con la segunda parte ofrecida por Mommsen; pero ni el erudito epigrafista la ha escrito todavía, ni hay esperanzas de que cumpla su promesa. Han escogido, pues, para continuarla, la obra de Merivale, que trata su asunto con la misma extensión y abundancia de datos que Mommsen, con tanto desseo como él de averiguar la verdad de los hechos y de presentarlos en esa forma, viva, animada, dramática, que nos hace seguir los episodios de un antiguo suceso, como si presenciáramos querellas en que nos hubieran comprometido nuestras ideas y nuestros intereses.

Merivale, con todo, no es tan profundo como Mommsen; mas le supera en condiciones literarias. Su estilo, que no abruma nunca por la pesadez, ni por la oscuridad, es bello, fácil y claro, y su pensamiento se acomoda mucho mejor á las ideas democráticas de Occidente que el criterio de Mommsen, extraviado en las sirtes de un peligroso y funesto absolutismo.

Las investigaciones mas luminosas y el espíritu crítico mas ilustrado tienen plaza en la obra de Merivale, como en la de Mommsen, y aun cuando no faltan á aquel predecesor ilustre en el estudio del tema que escogió para su libro, ha sabido dar novedad é interés al relato. Nadie como él ha demostrado de qué suerte preparó el imperio el triunfo del cristianismo, ni cómo esta revolución y el ascendiente cada dia mayor de la clase media se desenvuelven en el seno de la conturbada sociedad romana, durante los cuatro siglos que median de Augusto á Constantino.

Todo en estos acontecimientos es humano; nada hay en ellos de providencial y milagroso. Cuando observamos á larga distancia el conjunto de los sucesos, es posible equivocarse y atribuirles un carácter que no tienen; pero cuando los seguimos paso á paso deteniéndonos en la contemplación de sus pormenores, convenimos en que la obra de la historia, que es la obra de la humanidad, se realiza solo, bajo la ley del progreso, por el desarrollo de la voluntad del hombre.

En el plan de la obra de Merivale, hay bastante desigualdad. La parte consagrada á los preliminares desde Sylla á Augusto, y al reinado de este último, casi ocupa la mitad del libro; pero es la parte mejor estudiada, y se lee con inagotable interés.

El tomo I, después de estudiar las revoluciones romanas que obligaron á la república á hacer una política de asimilación y que extendieron el derecho á los aliados, á los latinos, á las provincias y á los extranjeros, después de narrar cómo caminaba á su muerte aquella poderosa oligarquía, refiere las guerras civiles y comienza la historia de César hasta su tercera campaña contra los galos.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

La inauguración de los Jardines de la Infancia.

El miércoles 16 del corriente mes, á las seis y media de la tarde, tuvo lugar uno de esos acontecimientos verdaderamente notables, para los que juzgan la educación del niño con un criterio eminentemente civilizador; como un asunto interesantísimo y de vital importancia para la suerte y prosperidad de las naciones.

Nos referimos á la inauguración oficial de los Jardines de la Infancia, establecimiento de educación pública, construido por cuenta del Estado, para párvulos, en lo que fué huerta de la Escuela normal central de maestros.

El acto de que vamos á ocuparnos, se llevó á cabo por S. M. el Rey y S. A. R. la Princesa de Asturias, acompañados del Excmo. señor ministro de Fomento; del personal de palacio, jefe del negociado de primera enseñanza, arquitecto Sr. Jareño, personal de la Escuela normal, autoridades de diferentes órdenes y del personal de la Escuela Fröbel, no habiendo asistido el Excmo. señor director de Instrucción pública por encontrarse enfermo.

El Jefe supremo de la nación visitó cuantas dependencias tiene el edificio, que son muchas y bastante espaciosas; enterándose detenidamente del abundantísimo y rico material de enseñanza de que está dotado el establecimiento, no enterándose menos de cuantas comodidades allí se han reunido para satisfacción de los niños, empezando por los lugares de recreo, que son muy numerosos, y concluyendo con los baños, lavabos, cocina, comedor, pajarera, estanque para los peces y el jardín, que es la parte principal, la mas alegre y la mas característica del establecimiento.

Es una verdad, por todos reconocida, que no puede haber grandes nacionalidades cuando falta la base principal de su engrandecimiento; cuando los sentimientos religiosos y morales, alma de la educación, no están identificados, formando la manera de ser y de existir en todos los asociados; cuando las facultades de inteligencia, factores principales de todo progreso humano, no se hallan vivificadas con el alimento del espíritu, con la verdad en las ciencias, con la belleza en las artes; cuando el cuerpo, morada de lo mas grande y sublime que tiene el hombre, no reúne las condiciones de salud, de fuerza, de robustez; en suma, de cuanto se considera necesario para llenar en la sociedad los altos fines que le impuso el Creador al hacerle rey de cuanto existe en la vida terrenal.

En el establecimiento que rápidamente vamos á reseñar, se encuentra todo perfectamente arreglado para que la educación, dada á los niños comprendidos en la edad de tres á ocho años, sea todo lo completa que debe ser, teniendo muy en cuenta las necesidades de nuestro país, y cual corresponde á la tierna edad de los niños á quienes ha de educarse.

Hacer que los niños sean máquinas de hablar, sin comprender la significación de las palabras que pronuncian; torturar su memoria, sobrecargándola á expensas de otras facultades superiores que necesitan tambien su cultivo; obligar al niño á un quietismo material que no puede estar en relación ni con su organismo, ni con la necesidad de movimiento; pro-nunciar largos discursos, como si se estuviese en cátedras de facultad, convirtiendo al niño en hombre de treinta años, es trastornar el orden natural de las cosas; es invertir los términos; es hacer del niño bullicioso y juguetón, un hombre razonador y severo, que no cabe ni puede caber dentro de las leyes naturales que están encargadas de regir el desenvolvimiento humano.

El movimiento es la vida del niño, como el reposo es el estado natural de la materia bruta; el juego es su mejor aliciente, y debe ser, por lo tanto, el punto de partida de la educación, que empieza cuando el niño nace, y termina cuando la parte material entra en el período de descomposición, porque el espíritu la abandona para buscar otras regiones mas puras, y sobre todo, mas conformes con su naturaleza divina.

Proporcionar juegos á los niños es proporcionar el mejor alimento para la sávia que ha de nutrirles. La vida poética del niño se manifiesta en el juego, como que el juego es su inse-

parable compañero, es la atmósfera que respira, el encanto de sus primeros años, el punto objetivo de sus primeras manifestaciones. Si privais al niño de jugar y de moverse, seréis sus mayores enemigos; le condenais al suplicio; le dais la muerte. En cambio, la figura del educador será simpática siempre que tenga habilidad bastante para suplir la aridez del estudio con los atractivos agradables de un juguete, de un cuento, de una conversación familiar ó de una historieta comprensible y adecuada á la inteligencia del educando.

He aquí el secreto de la pedagogía moderna, cuyo primer maestro ha sido Federico Fröbel, inspirador de los jardines para niños, alemán de nacimiento, discípulo de Pestalozzi, reformador de su sistema de enseñanza y muerto antes de recoger los laureles á que le hicieran acreedor los extraordinarios y heroicos esfuerzos llevados á cabo en beneficio de la educación de la niñez.

Los Jardines de la Infancia establecidos con gran éxito en Alemania, Bélgica, Suiza, Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos de América, los tenemos tambien establecidos en la Escuela modelo de párvulos de Madrid, y serán objeto de este sencillo trabajo que presentamos á la consideración de nuestros lectores.

Un hermoso jardín de conventuales dimensiones, es la parte principal del establecimiento y la que da verdadero carácter á la enseñanza, con los juegos que tienen lugar en las anchas calles y glorietas del citado jardín, y con los trabajos de jardinería y agricultura practicados en la parcela que tiene cada niño, y en la faja que á todas las comprende y que recibe el nombre de jardín general, á diferencia de las citadas parcelas, que se designan bajo la denominación de jardines particulares.

Entregado el niño á los trabajos de este pequeño campo, adquiere insensiblemente el conocimiento de muchas plantas útiles y de mas general aplicación para la vida. Propietario de su pequeño jardín, puede sembrar en él bajo la dirección del jardinero, aquellas plantas que se le determinen como mejores; las ve crecer y crece con ellas, verificando luego la recolección, cuyos productos regala á su familia ó á sus amigos, con cuyo motivo se despiertan fácilmente las ideas nobles y generosas, desde los primeros albores de su vida.

Los cantos que se elevan al Creador en acción de gracias y petición de mercedes, y las consideraciones que se hacen de que nada existiría sin su poder y bondad infinita, contribuyen á fortalecer mas y mas los sentimientos religiosos, y se consigue, desde la edad temprana, que el niño vaya asociando la idea grande de Dios á todo cuanto contempla y observa á su alrededor. Por otra parte, el aire puro que respira en aquel ambiente saturado de oxígeno, el trabajo corporal que es indispensable para el cultivo de las plantas, y la serie de juegos que tienen lugar en las calles y centro no cultivado del jardín, son los mejores elementos para la salud y robustez del cuerpo, don apreciableísimo y único patrimonio de muchos de aquellos niños que en su día tendrán que ganar el pan con el trabajo de sus fuerzas físicas.

Hay, además, otra circunstancia que debe tenerse en cuenta para que se vea que nada falta de cuanto se considera necesario en el establecimiento de que estamos ocupándonos. Canchales de todas clases, ruiseñores variados, codornices, tortolas finas y comunes, gilegueros, mirlos, palomas, gallinas y algunas mas clases de aves, forman sociedad con los inocentes niños; cantan alegremente con ellos, confundiendo sus dulces ecos, de tal manera que no parece sino que aquel jardín es una mansión celestial y aquel coro una orquesta de ángeles, toda llena de poesía, de encantos y de belleza, que nos hace olvidar con mucha frecuencia el mundo real y severo de la prosa en que vivimos, trasplantándonos agradablemente á otras regiones de mundos ideales.

Con qué placer se vive entre flores, entre los pájaros y entre los niños! ¡Qué atmósfera de belleza, de candor y de inocencia se respira entre aquellos seres que no conocen el dolor ni la envidia, y que viven la vida atractiva del campo, agena á la ficción, á la ingratitud y á las miserias del gran mundo!

Nuestros queridos lectores sabrán dispensarnos estas digresiones que se escapan insensiblemente de nuestro espíritu, obedeciendo tal vez al sentimiento con que escribimos, en lugar de obedecer al criterio de la razón, que desea mos sea siempre nuestra compañera.

Continuando la descripción de los Jardines, forman parte de éstos las cuatro salas destinadas á juegos y trabajos manuales. Los primeros, como su nombre lo indica, tienen por objeto entretener agradablemente al niño con una serie de construcciones que aquel practica, sirviéndose de piezas de madera, construcciones que hace y deshace diferentes veces y que dan por resultado el desenvolvimiento de los sentidos, la adquisición indirecta de muchos conocimientos sobre los pedazos de madera y su forma geométrica, sobre historia sagrada é historia natural, sobre artes y oficios, sobre el lenguaje y la aritmética, y sobre todo, se adquiere el hábito del trabajo. Los trabajos manuales tienen el carácter de mas permanencia y se refieren al entrelazado, tegido, recordado, picado y dibujo, verificándose todo con el material necesario, que no describimos porque consideramos que es tarea larga para un artículo y además, porque estas cosas son mejores parvistas que para leídas.

El gimnasio intelectual es un grandísimo salón donde se reúnen todos los niños algunos dias de la semana. En él tienen lugar diferentes evoluciones y juegos para el desenvolvimiento físico, y además se da clase general de enseñanza, teniendo á la vista las producciones mas comunes de la naturaleza, enseñando los objetos en lugar de dar largas definiciones y procurando, sobre todo, que el alimento intelectual esté en condiciones de ser fácilmente digerido y asimilado por tan tiernos seres.

Este magnífico salón, como las salas de clases, están llenas de objetos de enseñanza. Por todas partes donde el niño dirige la vista, encuen-tra motivos que le excitan la curiosidad de sa-

ber. Colecciones mineralógicas, productos vegetales, cuadros de artes y oficios, de historia sagrada y natural, magníficas colecciones de mapas y esteras geográficas, gabinete de física recreativa, instrumentos de jardinería, todo, en suma, se encuentra reunido en este sencillo templo destinado a las letras españolas, sin que se haya olvidado la higiene, parte esencialísima de todo establecimiento de enseñanza. Piletas y lavabos de mármol, con separación para niñas y niños, fuentes abundantes por todas partes, cocina, despensa, comedor, retrete, en una palabra, nada falta para que el establecimiento sea modelo en su clase, y mucho nos alegraríamos que toda capital de provincia pudiera sostener uno, si no igual a éste, al menos con sus principales dependencias adecuadas al objeto. El sacrificio no sería grande, ni debe considerarse como un sacrificio el capital que se emplea en la obra de la educación; porque mayor que el gasto, es el ahorro que puede producir, deshabitando las cárceles y las casas de beneficencia, dando brazos a la agricultura y a la industria y dando a la sociedad hombres honrados y laboriosos.

Faltanos para terminar este modesto trabajo, rendir desde el fondo de nuestra alma un tributo de gratitud a las personas que con su talento, con su iniciativa oficial y con sus trabajos, han contribuido a que sea un hecho la inauguración de los Jardines.

¿Cómo no hemos de consignar los nombres de los Excmos. señores ministro de Fomento y director general de Instrucción pública, que no han escaseado los medios hasta conseguir la total realización de la obra? ¿Cómo hemos de olvidar los nombres de los Sres. Maldonado Macanáz, Mena y Zorrilla, D. Santos Robledo, D. Pedro de Alcántara García y el de D. Francisco Jareño que ha llevado a cabo la construcción del edificio verdadero palacio destinado a la enseñanza? Sirva esta sencilla manifestación de eterna memoria hacia dichos señores, que serán bendecidos por la nación entera, cuando sepa la participación que les ha cabido en esta nueva era de progreso, que da principio con la inauguración de los "Jardines de la Infancia."

EUGENIO BARTOLOMÉ.

Madrid 27 de julio de 1879.

La música agente terapéutico.

No es ciertamente una doctrina que haya recibido la sanción científica, ni que constituya un verdadero ensayo de teoría; pero tampoco es una halagadora ilusión o una conjetura muy hipotética la acción terapéutica de la música; diré únicamente que hay hechos y pruebas bastantes para excitar estudios en el sentido de la aplicación médica del divino arte, y que es posible, si estos estudios se llevan con el rigor debido, establecer un método de medicación musical, esperando de los resultados satisfactorios en ciertos casos.

Los efectos que la música causa en los seres organizados son tan variables, tan especiales, que apenas podrá señalarse una sola melodía que agrade a dos animales, y que producen en ellos efectos iguales; en el perro, por ejemplo, puede notarse que ciertos acordes producen desagrado notable, que se revela por ahullidos, mientras que en el gato los mismos acordes producen una agradable sensación que termina casi siempre por un sueño pacífico; la educación entra por mucho en estos singulares efectos, tal puede observarse en los animales domésticos, especialmente en las aves y en los caballos de los circos, que regulan su marcha por la música que oyen ejecutar.

Podemos decir que en el hombre hay una como dualidad de efectos, un doble modo de acción de la música, aunque solo se revela en una sensación única, en la expresión de un solo sentimiento. Esta dualidad se refiere a la acción psíquica de una parte, y de otra a la acción puramente fisiológica; quizá, por la unión y correspondencia que hay entre lo físico y lo psicológico, estas dos acciones simultáneas no aparecen más que como la sola manifestación de la emoción estética; y hay que notar que acaso estos efectos de la música son una de las pruebas más concluyentes de la relación de los actos psíquicos y físicos.

Es evidente que no solamente hay una diferencia muy marcada entre los sentimientos que en el alma despierta la música, sino también que esa misma diferencia se marca en la acción fisiológica. El espíritu tiene predilección por cierta clase de música, escoge, si así vale decir, unas composiciones musicales con preferencia a otras, y estas preferencias son las que ejercen una acción fisiológica más marcada.

Me ha sucedido varias veces estar fatigado y próximo a dormir, y verme muy pronto sin sueño y sin fatiga oyendo música de la que me me agrada. Ciertos aires, especialmente los de marcha, dan vigor al cuerpo y le quitan repentinamente de la inacción; otros, como el wals, excitan más o menos las pasiones, y algunos hacen sufrir verdaderos dolores.

Para mí la acción de la música no se dirige inmediatamente sobre la materia; es decir, que sus efectos fisiológicos son como una consecuencia o una transmisión de aquellos sentimientos que con el alma despierta y esta influencia de la música, no está limitada solamente a producir la emoción estética, si no que tiene una acción especial sobre los sentimientos y las ideas que suelen dulcificarse por las especiales condiciones del divino arte. Recientemente en esta acción sensitiva, en esta influencia, más poderosa por cierto de lo que de ordinario se piensa, se fundan los que admiten que la música es un agente terapéutico importante. Véase aquí su manera de razonar: las combinaciones de sonidos obran muy poderosamente sobre el espíritu sano, que tiene como una aptitud, o a la manera de una propiedad singular, esa facultad a establecer una íntima relación con los sonidos musicales. Hay en el espíritu una creación especialísima, una suerte de movimiento o conmoción; estos fenómenos deben producirse en el espíritu privado de salud ya sean en un grado, ya en otro.

Todo el mundo sabe que el alma no está siempre en el mismo estado para recibir la influencia de la música, y por esto se cree que los efectos que aquella causa en el espíritu de un enfermo pueden muy bien ser opuestos a los que causa en un individuo sano.

Los efectos musicales son hijos del estado del ánimo y de la educación, esto se puede notar perfectamente en las nostalgias, que se despiertan oyendo aires del país; en cuanto a la educación musical es verdad, fuera de toda duda, que acaso sean las circunstancias que influyen más en el gusto por la música; teniendo en cuenta estos dos factores, y estudiando la influencia de las combinaciones de sonidos sobre el sano, no podría emplearse la música para provocar reacciones saludables en el enfermo?

No es todavía una medicación regulada; pero hay hechos que demuestran la influencia de la música en las enfermedades; no he de hablar ciertamente de la locura, sobre la que ejerce una acción por nadie puesta en duda, y que demuestran con hechos Bonnet, Grétry y Chomet, ni de la melancolía producida por la hipocandria que el cantor Farinelli curaba a Fernando VI; basta para probar la acción terapéutica de la música para fijarse en sus influencias fisiológicas.

Ejemplos muy diversos se citan de curaciones de fiebres, epilepsias y catalepsias, que demuestran la necesidad de estudiar bien, y atentamente la cuestión de la acción terapéutica de la música; para explicarla, no hay todavía una teoría admisible, es necesario esperar a que la física y la fisiología realicen nuevos progresos para determinar el modo de acción de las vibraciones rítmicas; lo que es indudable es la variación de efectos; un mismo acorde produce en dos individuos sensaciones opuestas: en el uno es de tanto placer, que baila y canta, sin darse cuenta de ello; en el otro se nota tristeza y repentinas palpitaciones de corazón, alguno hay que llora,

otro que tiembla, y todo esto por un acto espontáneo en que no interviene la voluntad; en ocasiones estos actos involuntarios tienen un ritmo especial, dentro del que puede notarse una regularidad perfecta.

El sonido parece que actúa en el organismo como un agente mecánico o irritante. Fournier de l'ascay refiere que cuando se hallaba muy fatigado, después de una larga marcha, le bastaba oír el tambor para sentirse animado; cuando paseaba y se cansaba mucho, ensayaba cantar aires movidos y experimentaba el mismo efecto.

Grétry, que respiraba con mucha dificultad y que sufría mucho caminando de prisa, solía pasear con un amigo que andaba con gran velocidad, y observó que su marcha se hacía más pausada a cuando cantaba aires lentos y bien medidos.

La influencia del ritmo es un hecho incontestable; produce en nosotros modificaciones tan especiales, tiene tal influencia sobre el organismo, que el es quien regula nuestra voz y nuestro paso; las melodías más insignificantes, los acordes más sencillos, se acusan por modificaciones importantes en el organismo. Un niño que grita y llora se calma y se duerme si se le canta ese aire tan bien ritmado y tan monótono que todas las madres saben. Los soldados fatigados de la marcha emprenden paso de carga al sonido de las cornetas, cuya extrínseca música les reanima; pero la acción más notable y prodigiosa del ritmo se refiere al pecho, acción por la que puede explicarse la manera cómo la música suele calmar ciertos insomnios.

En opinión de muchos médicos, todo movimiento repetido muchas veces ejerce influencia sobre la circulación de la sangre. Colocando tres dedos de la mano derecha sobre la arteria del brazo izquierdo, y si después de cantar muy bajo un aire que tenga la misma medida que el pulso, se canta otro más acelerado, se nota la misma aceleración en el pulso; si el aire es más lento, el pulso se retarda hasta ponerse a una medida. Este efecto curioso puede servir de dato para establecer la acción terapéutica de la música; acaso este agente obré sobre la circulación, determinando acciones, dependientes siempre del ritmo, que causen el alivio de las enfermedades; para probar esto sería necesario determinar los ritmos propios para la curación de cada dolencia, y aun así habría que acudir a la acción sobre el espíritu, porque no ha de olvidarse la gran influencia que éste tiene en las enfermedades.

Ha de tenerse también en cuenta, y es factor muy importante, la imaginación. Acaso esos actos involuntarios de que no podemos darnos cuenta, y que a la música son debidos, sean no más que la manifestación de la facultad imaginativa; pues no ha de olvidarse que siendo la composición musical hija, en su mayor parte, de la imaginación, puede obrar directamente sobre ella y producir efectos que, transmitidos al organismo, ejercen en éste, si circunstancias especiales han modificado su función, influencias terapéuticas muy especiales, que vienen a demostrar esa unión íntima, ese lazo estrecho, que existe entre las manifestaciones del alma y las del organismo.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

¿Qué es la hulla ó carbon de piedra?

La hulla es el elemento más eficaz y poderoso de la civilización moderna. A ella debemos las mayores transformaciones. La locomotora que acorta el tiempo y la distancia; el barco que surca los mares uniendo entre sí los continentes; las máquinas de vapor que actúan simultáneamente en la superficie de nuestro planeta; la luz que ilumina nuestras ciudades y otras maravillas, se deben a la hulla.

Su poder es omnipotente. «Cuando se contempla, dice un autor contemporáneo, el movimiento industrial que envuelve hoy a todos los pueblos, se advierte con cierta sorpresa que el centro del mundo no pertenece ya a un bastón de oro, sino a un pedazo de carbon de piedra.»

Y en efecto, todos los pueblos hacen de ella su industria más preciada. El total de la explotación hullaera que hace hoy Europa y América anualmente, asciende a la cifra de 170.000.000 de toneladas, lo cual representa la suma colosal de 10.000.000.000 de reales anuales... Las minas de oro y plata, que tanta riqueza tienen hoy en la vida de las naciones, son inferiores a las minas de carbon de piedra: la hulla aventaja en un doble, por su valor, a esos metales preciosos.

Véase, pues, la importancia que tiene y el brillante papel que desempeña en la moderna civilización un combustible al parecer tan despreciable, y que fué anatematizado en otro tiempo como nocivo a la salud y enemigo del progreso; pero, ¿qué es la hulla ó carbon de piedra? Vamos a verlo.

Jorge Stephenson se paseaba un día con el famoso Buckland, cuando pasó delante de ellos una de las primeras locomotoras. La máquina no tenía todavía la elegancia relativa que hoy tiene: el juego de sus diversos órganos era difícil y trabajoso; los movimientos lentos y torpes; soblaban como un caballo fatigado, y arrastraba penosamente su enorme carga.

Una extensa nube de humo negro y espeso, marcaba su paso como la estela de un barco al romper las olas silenciosas de un mar tranquilo. Era la locomotora naciente e informe, pero cuyo valor futuro podía ya anunciarse sin esperar el trascurso de muchos años. De pronto se para Stephenson y pregunta a Buckland.

—¿Cuál puede ser, en vuestra opinión, la potencia que transporta esas masas enormes con tanta rapidez?

—Vuestra locomotora, respondió el gran geólogo.

—¿Quién da su fuerza a la locomotora?

—El vapor, contestó Buckland.

—¿Y quién se la da al vapor?

—El carbon de piedra que arde en el hogar y produce el calor.

—Pero, ¿de dónde saca el carbon ese manantial de calor tan poderoso?

Buckland permaneció mudo ante esta pregunta, Stephenson prosiguió animándose cada vez más.

—¿Sabeis de quién ha tomado esa fuerza inmensa? ¡Pues bien! la ha tomado del astro que ahora nos ilumina, del sol que esparce luz y calor por nuestro globo, y que ha dado origen a ese carbon produciendo las plantas de que está formada.

La física y la geología han sancionado favorablemente esta opinión del inventor de los caminos de hierro.

Cuando se cava la tierra para extraer hulla, se encuentra entre las materias terrosas con que se halla mezclado el combustible, muchos restos esparcidos acá y allá, bien conservados, enteros, bien medio destruidos y transformados.

La hulla ocupa extensas depresiones que han hecho dar el nombre de cuencas a esas masas de hulla mas ó menos convexas hacia el punto mas bajo, y que se elevan todo alrededor siguiendo las pendientes de la depresión.

Los restos contenidos en las hulleras, la forma de los depósitos, la observación de lo que pasa actualmente en nuestras turberas, donde grandes masas vegetales, depositadas en pantanos, multiplicándose rápidamente, se transforman poco a poco en carbon, todo nos demuestra

el origen vegetal de la formación de la hulla. Aquellos son vegetales de diferentes épocas que, sumergidos lentamente en grandes pantanos, cubiertos luego por tierras, mas ó menos comprimidos, han formado carbonos de naturaleza distinta.

La variedad de los vegetales y las diferentes circunstancias de temperatura, presión, etcétera, en que se hallaban colocados, dan origen a esa variedad de carbonos.

El carbon es, pues, una especie de quinta esencia de la madera; una especie de condensación de los principios combustibles vegetales: es madera reducida, comprimida, amontonada, por decirlo así, y que reúne en poco volumen una gran potencia de combustión. A la planta es, en una palabra, a quien se ha de preguntar el secreto del calor de que es manantial.

Bajo la influencia de la luz solar, está demostrado por la botánica, el reino vegetal respira, vive y se apropia los elementos carbonosos que le constituyen en gran parte. Cada átomo que se deposita en el tejido vegetal y concurre a su desarrollo es, pues, el resultado de una acción química y vital, en la cual el sol interviene en una gran parte. El fragmento de madera, de hoja ó de fruto que se forma en cada instante de la vida de la planta, ha gastado y transformado para producirse cierta suma de calor y de luz.

Estas dos fuerzas, el calor y la luz, se hallan en estado latente en cada porción del vegetal que han constituido a formar; pero en un momento dado, bajo la influencia de un excitante, es decir, de un cuerpo a una temperatura elevada, todo el calor y la luz solar adormecidos en la madera se despiertan, por decirlo así, y la combustión de una haya de treinta años, por ejemplo, dice Mr. Hémet, devuelve en pocas horas todo lo que el árbol había absorbido del sol durante aquellos treinta años de vida vegetal.

La relación que existe entre todas las cosas en la naturaleza, es verdaderamente admirable.

«Todo viene del aire, y todo vuelve a él,» ha dicho un eminente químico francés. El ácido que la hulla esparce hoy a oleadas espesas en la atmósfera, ha formado parte de ella durante su período de transición. Bajo este punto de vista, la exuberante vegetación de la época hullaera puede considerarse como un inmenso aparato de extracción, cuyo jugo contribuye a dar al aire la composición que hoy tiene.

El ácido carbónico que se exhala de la hulla inflamada viene, pues, de la atmósfera; viene de ella y a ella vuelve después de haber estado separado de ella millares de siglos; y bajo este aspecto, la industria restablece, por lo menos hasta cierto punto, las condiciones que la vida encontró en sus remotos orígenes en nuestro planeta.

Stephenson tenía, pues, razón al decir a Buckland que lo que comunica movimiento a la locomoción por el vapor, es el calor solar; pero el calor solar almacenado en esos vegetales hace dos millones de años por lo menos...

J. DE TORRES Y GARCÍA,
Ingeniero industrial.

Aranjuez 13 de julio 79.

Sin nombre.

En las dilatadas playas de Occidente, donde lanza el sol sus rayos con toda la pompa y magnificencia de su inmortal soberanía, nació, para ser prodigio de la humana estirpe, un tierno niño, mezcla de fiera y de hombre.

Si la vivacidad ingénita, la gallardía natural y la intuición poderosa son pruebas reales de raza privilegiada, el niño, hecho mancebo, debía pertenecer a la mas sublime del universo, pues que de todas ellas llevaba la esencia noble en sus brillantes ojos, su arrogante figura y su franca y serena frente.

Nació a la vida de la razón, que es el verdadero nacimiento de los mortales, mas tarde que ninguno otro, y es que, criado en los brazos de la madre naturaleza, tardó mas que nadie en darse cuenta de sí propio. Tan cierto es, que no hay precocidad humana posible fuera de los brazos de la madre amorosa y tierna que olvida sus dolores al sentir el primer vágido del sér que ha dado a la vida.

La primera vez que el salvaje se reveló hombre humano, tenía la edad risueña de las ilusiones... y, sin embargo, para él no existían. Las ilusiones, como el humo, necesitan una causa real, y el indio niño, que había cruzado la primera etapa de su existencia sin haber formulado en su mente inculta otro pensamiento que el que precede a la realización de todo deseo natural y forzoso a la vida, no había jamás sentido el fuego generador que ilumina los horizontes infinitos de la fantasía.

Un día paróse a meditar.

Era la primera manifestación de su espíritu.

Todo le fué desconocido, extraño, incomprensible. Aquella naturaleza exuberante, única amiga de su niñez, causóle sorpresa extraordinaria. Quiso interrogarla, y no supo; quiso gritar, y espantóse de su propia voz. Una bandada de aves paróse a modular sus trinos en el hueco de un tronco, y aumentóse su confusión. El torrente lejano difundió sus notas en alas del viento, y sus ojos se abrieron con espanto. Embriagadores aromas se esparcieron al despertar del día, y un fluido poderoso corrió por todas sus venas.

¿Qué era aquello?

Confusa voz misteriosa brotada de sí mismo, vino a herir de súbito su imaginación y aquel sér inconsciente que ora se asomaba al tronco rudo, a cuyo pie se acogía huyendo instintivamente de la tormenta, ora al poderoso raudal cuyas ondas quebraba con sus manos para calmar el ardor de su sangre, ora a la tierra calcinada para quedarse profundamente dormido en su eterno regazo, alzóse rápido y anhelante para mirar la serenidad del cielo y quedar sumergido en un abismo de ideas atropelladas y confusas.

Largo rato estuvo contemplando las vaguedades y visiones que a veces palpan en el vacío. Por largo espacio de tiempo vio pasar en rápida carrera formas extrañas é indefinibles, jamás soñadas ni comprendidas y sintió flotar en el azul brillante del cielo el infinito sin nombre que se revela a todo sér humano al primer vuelo del alma.

Allí, gritó el indio tendiendo las manos a la inmensidad del cielo.

Allí, volvió a gritar anhelante tendiéndolas a la inmensidad de los mares.

Allí, rugió con desesperación lanzándose a cruzar la inmensidad de la tierra.

Y anduvo, anduvo con el febril ardimiento del que busca el claro raudal que ha de saciar su sed devoradora.

Dios ha puesto en la tierra todos los elementos de vida, y no habían de faltarle al errante y nuevo viajero, que corría al azar en pos del alimento de su espíritu. El joven indio corría, parábale y volvía a correr con nuevo vigor por aquella tercera inmensidad que le era dable medir con firme y segura planta. A veces miraba las vagarosas nubes; a veces oía el continuado batir de las olas, y hondo suspiro brotaba de su pecho; y es que el hombre suspira siempre por lo imposible, por lo impenetrable. Ser ave, tocar las alturas, vencer los abismos; hé aquí los deseos del pobre indio. ¡Ser hombre! ¿De qué le servía si ignoraba que el hombre puede ser angel, y el angel tiene también alas para volar?

La humanidad palpita en todas partes; no podía estar lejos de nuestro héroe.

Una choza, una hoguera... El indio se acercó y vio a un anciano y a una mujer.

El anciano yacía moribundo, la mujer, sollozando, sobre el cuerpo exangüe del anciano.

El indio abrió extraordinariamente los ojos y quedó inmóvil. No conocía el dolor y la respiración: el sentimiento es una ciencia espontánea.

A poco espacio, el moribundo tuvo un ligero acceso y espiró. El indio dió un paso, y la joven, irguiéndose, le detuvo con una seña. Después le impuso silencio, cayó de hinojos y balbuceó frases ininteligibles.

Alboreaba el día y el indio continuaba estático y perplejo ante aquel primer cuadro de la naturaleza humana que hería su confusa imaginación. La vida y la muerte, juntas en tan breve trecho, trajéronle vagos recuerdos de una existencia anterior. Una mujer y un hombre guiaron sus primeros pasos; después desaparecieron; el instinto natural suplió todo. Todo no; desarrollóse la materia; faltó el desarrollo amplio y sublime del espíritu.

Una leve palmada en el hombro le hizo volver de sus meditaciones. El joven indio le señaló un instrumento toscó a modo de azadón, y cogiendo otro semejante, salió de la choza y se puso a cavar la tierra.

El indio la siguió y la ayudó en su sagrada tarea. A poco, un hoyo profundo se abría a sus pies. La india tomó de la mano a su compañero y obligándole a coger el cuerpo rígido del anciano, guió a la fosa, que llenó y cubrió con piadosa mano.

Después, los dos indios se contemplaron fijamente.

El con asombro.

Ella con temor.

De pronto llegaron a sus oídos salvajes gritos de guerra. La joven lanzó una exclamación de angustia y echó a correr por la abrasada selva cubierta de humanos despojos. Con ella iba el último vástago, el postrer vestigio de la valiente tribu de su padre...

¡Ay del vencido!

El joven indio siguió a la fugitiva, como niño medroso la luz que se aleja, y ambos corrieron desalados por los incultos campos hasta internarse en un bosque de seculares troncos. Junto a uno de ellos cayó sin aliento la huérfana desdichada.

El indio se avalanzó a su cuerpo y la miró el rostro con la ansiedad primera, con el primer arrebató del alma. Vió que no alzaba los ojos, que no se movía, que callaba al informe gemido de su pecho, y trémulo y desesperado, giró la vista en busca del sér sin nombre que debía existir en alguna parte para demandarle auxilio en tan supremos instantes...

Y volvió la vista al cielo.

Suave calor difundióse por todas sus venas, y un estremecimiento de indefinible ternura vibró en su corazón. Su mano acababa de sentir ténues latidos. La india abrió los ojos y exhaló un suspiro. El espíritu sin nombre acababa de ser revelado al espíritu inculto del joven indio. ¡Oh amor, germen fecundo de vida... bendito seas!

Aquella nueva pareja sintió ese vago deliquio con que dos almas se funden en una misma. El indio contempló estático a su compañera, y extrañas retracciones sepearon por sus venas. Movióse y agitóse a impulsos jamás sentidos ni adivinados, y una nube caliginosa turbó sus ojos. Quiso expresar el loco júbilo que le embargaba, y sonidos incoherentes se desbordaron por sus labios. Tocaba aquella su imagen y semejanza, y algo mas vivido que el sol le llenaba de resplandor. El mundo no ha dejado de ser paraíso para las almas amantes.

Tras largo y prolongado beso en que los dos sellaron su eterna unión, el indio, como avaro que huye con su tesoro, internóse mas y mas en la selva umbría y tornó a aquella su madre naturaleza tan pródiga y llena de misteriosos encantos.

¿Cómo pudieron vivir felices aquellos dos seres sin que amargase su existencia la levadura de rebeldía que es sello característico de la humana raza? Porque en su simplicidad y en su ignorancia sentían en sí mismos el espíritu sin nombre que envuelve y llena, como esencia invisible, cuanto ha sido, es y será sobre la tierra.

Un día amaneció triste y sombrío para el joven indio. Su amable compañera le retenía entre sus brazos y le daba su adiós postrero, el postrer aliento de su corazón.

El indio se alzó con fiereza activa y revolvió los ojos a uno y otro lado, como buscando al poder que le robaba la mitad de su existencia. Sordo oleaje rebramaba a lo lejos y el trueno estallaba lejano precursor de la tormenta. A estos acentos enmudeció la voz en la garganta del indio y un terror invencible apoderóse de su alma.

De repente, la rígida sombra del padre de su amada cruzó en su memoria.

Su deber estaba trazado.

Abrió un ancho hoyo, depositó en él blandamente el cuerpo de su amada, cubrióle de besos... y de tierra... y esperó.

¿Qué esperó?... ¡Ay! lo único que se puede esperar de la muerte: ¡la vida!

El salvaje había tocado las cumbres de la ciencia humana. Había sabido vivir para amar, y amar para creer en un infinito sin nombre. El Creador se había revelado una vez mas a la inconsciente criatura.

FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA.

de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almudena, 2.